

PRÓLOGO

Odio la noche. Su llamado condensa casi todo lo que he buscado apartar de mi vida: la irregularidad y el exceso, el miedo, las obsesiones que suspenden las certezas de nuestra convivencia civilizada, única sed de mi temperamento diurno, amante de la luz y del orden, y de las nobles geometrías que engendra la razón.

Como historiador, he aprendido a ver en las novedades y los cambios meros disfraces del pasado, astucias de la tradición. Basta poner una mano perceptiva sobre las rocas de Monte Albán o Palenque para entender que nuestras propias ciudades y grandezas son también ruinas en curso. De nuestra ebullición y nuestras ansias, del lado oscuro y eterno que nos mueve a la acción, no quedarán acaso sino otras tantas piedras majestuosas —nuestras casas, nuestras calles, nuestros templos. Sobre ellas, quizá, siglos después, alguien posará una mano semejante a la nuestra y pensará que otros estuvimos ahí, incesantes y espasmódicos como él, sentenciados no obstante por el tiempo a la elocuencia muda de esos restos que nos evocan sólo porque recuerdan que nos han olvidado.

Desconfío, pues, del presente y de su forma suprema, vacía por excelencia, que es el periodismo. He dedicado treinta años y doce libros a la historia colonial de México. Puedo decir que encontré ahí más explicaciones de los males presentes de nuestro país que en el registro de sus catástrofes cotidianas narradas por los periódicos, con su inmediatez desmemoriada y su exageración profesional.

Digo todo esto para subrayar hasta qué punto la materia de este libro violenta mis hábitos y mis convicciones. Mejor dicho: hasta qué punto la muerte de su protagonista —mi alumno, mi esperanza, mi fracaso— pudo imponer el llamado de la noche sobre la concentración de mi esfuerzo hasta arrojarme al territorio que he tratado de dibujar en estas páginas. He caminado por él cinco años, casi siempre a tientas y sin rumbo, desde la madrugada en que una voz me despertó preguntando por el teléfono si podía identificar el cadáver de un adulto llamado Carlos García Vigil.

Me irritó la palabra “adulto”, dicha por esa voz impersonal, porque siempre había pensado en Vigil como en un muchacho con la vida abierta, dotada de un eterno futuro. Crucé esa misma noche el infierno de formol e indiferencia que llamamos servicio médico forense hasta el congelador donde ya reposaba, con la blancura verde de la cera, su cuerpo largo y atlético, apenas trabajado por el embarnecimiento de los cuarenta años. Lo habían recogido en el cuarto de un hotel de paso con abundantes indicios de restos alcohólicos, sin otra identificación que una licencia de conducir y una tarjeta mía donde había garabateado esa misma tarde mi nuevo teléfono particular. El rictus que la muerte había detenido en sus labios parecía una sonrisa, daba a la frente amplia un aire de comodidad con su destino. Bajo esa curva generosa había alentado, según yo, la más viva inteligencia de su generación, el manantial de dones cuyo florecimiento basta, de cuando en cuando, para justificar los afanes de una cultura —o al menos la vanidad de un profesor que, como yo, había encontrado en esas aguas el único entusiasmo por el futuro que era capaz de recordar.

Lo había reconocido veinte años antes, mientras revisaba los primeros trabajos de un grupo de estudiantes de historia del año 62. En el alud de torpezas iniciáticas suscitadas por la lectura de una relación sobre los reales mineros zacatecanos del siglo XVIII habían aparecido las cuartillas diáfanas de Vigil, desmintiendo la incuria de sus años. Ahí donde sus compañeros habían reconocido sólo las alusiones obvias del documento —el valor de los salarios o la escasez

de la carne—, Vigil encontró datos suficientes para bosquejar el perfil de una sociedad precaria, signada por la imposibilidad de la vida señorial, cuya presunción era un lugar común de los colonialistas de la época.

Reparó, por ejemplo, en que la administración del real minero estaba a cargo de la mujer que firmaba la carta: una viuda cincuentona en trance de casarse otra vez, cuya decrepitud codiciada echaba luz sobre las mujeres como un bien escaso en ese mundo remoto. Para llegar a él se requerían catorce días de viaje desde la ciudad de México, según dedujo Vigil de las fechas de la requisitoria virreinal que la viuda contestaba. Esos catorce días de viaje incluían el asedio de los llamados indios bárbaros, como podía desprenderse de las quejas de la propia viuda, quien había perdido así a su marido y a un hermano. La observación dramatizaba los rigores de una colonización epidérmica, todavía mal afianzada en lo militar, pese a la imagen del siglo XVIII novohispano como un cenit de paz y plenitud del dominio colonial.

Consigno estas minucias porque a mi entender retrataban ya la inteligencia profunda de Vigil, su índole plástica capaz de amoldarse sin esfuerzo al objeto de su escrutinio, su facilidad para pasar de los detalles al conjunto y su llano poder de mirar cosas nuevas donde otros recogían nada más letras muertas, retazos sin sentido. He visto a cientos de historiadores sumirse con envidia en los archivos, escribir libros y fincarse una reputación académica, sin haber logrado nunca un verdadero momento de visión original como los que dejó caer Vigil sobre sus primeras cuartillas escolares.

Era entonces un muchacho largo, moreno y suave, con una grotesca melena al uso de aquellos años, que le bailaba sobre los hombros como una peluca maltratada, de un negro marchito e informal. Ahora estaba en el cajón helado del forense, vuelto un adulto largo, moreno y apacible, desafiante por última vez en su limbo risueño, insistiendo en el *no* que había regido nuestro desencuentro. Firmé un acta, di los teléfonos de la ex mujer de Vigil —Antonia Ruelas, a cuya boda en el 65 me negué a asistir porque clausuró la posibili-

dad de que Vigil saliera a estudiar al extranjero— y regresé a mi casa, sintiendo crecer la rabia por el desperdicio llamado Vigil.

Contra su jugueteo generacional me había rebelado los últimos diez años. Había sido tan exigente con él como con nadie porque en ningún otro había entrevisto la posibilidad de un trato de iguales, sin condescendencia tutorial ni aprendizajes preparatorios. Había percibido desde un principio su fascinación por el presente, su decisión de meterse en la historia más como el fruto de una perplejidad ante lo inmediato que como una verdadera vocación por el pasado: la pasión de quien aspira a cambiar el mundo que ha heredado, antes que a conocerlo. Traté de suavizar esa fantasía instrumental estimulando su curiosidad por los enigmas de la Nueva España: la conquista espiritual de México o la invención colectiva de Guadalupe. Accedí incluso a la tarea de registrar en un libro las inercias de esa historia y su asombrosa actualidad, tratando de mostrarle en los virreyes el modelo de nuestro presidencialismo; en la evangelización misionera, el repertorio de utopías que guían la aspiración de igualdad de nuestra polis; en la legislación de Indias, la impronta tutelar de nuestras leyes; en la explotación salvaje, la naturalidad de nuestras desigualdades; en las reformas borbónicas, el inicio de nuestra modernización; en la raíz hispánica, la simiente de nuestro nacionalismo, y en el patrimonialismo del Estado español, la de nuestra corrupción.

Vigil era ya egresado de la facultad cuando el movimiento estudiantil del 68 —y casado y padre uncido a las tareas alimenticias que habría de rechazar años después—, así que no vivió esos meses con la liberalidad que exigían, sino en una especie de reserva que marcó su memoria de aquellos sucesos con la intimidación mitológica de los deseos no cumplidos. Pero estuvo ahí, probando el fluido embriagador de su generación, mientras completaba en el Instituto, bajo mi auspicio, una paleografía sobre las costumbres de los conventos coloniales, cuyo prólogo, cruzado por posesiones y delirios, es todavía hoy el umbral de una provincia inédita de la historia mexicana.

Luego de la matanza de Tlatelolco en octubre de 1968, tocado más que nunca por lo inmediato, Vigil buscó una receta para el presente en el estudio de la Revolución Mexicana. Asumió la carga de un seminario que lo alejó para siempre de la época colonial y del presupuesto que yo había podido otorgarle hasta entonces en mi feudo. Diseñamos juntos, sin embargo, su historia del pasado más reciente (1910-1936), empezando por la elección heterodoxa de su objeto: los olvidados revolucionarios del Norte que habían ganado la guerra civil y gobernado por quince años el país. Era la hora (1969) en que ningún historiador serio había dedicado un libro a preguntarse por el secreto de esos hombres decisivos, su trayecto, su vocación, su sino triunfal —y triste, como todos los otros—. Supe entonces del reto profesional de esas décadas, la abundancia de sus fuentes y el malentendido, tan mexicano, de un país que engendró la última revolución política del siglo XIX con la facha verosímil de la primera revolución social del siglo XX. Hicimos juntos el guión de esa saga en largas conversaciones sobre libros y archivos, pero él investigó y escribió solo, en los años siguientes, el primer volumen de su historia.

Lo que pasó después es el tema de este libro: la urgencia de intemperie sufrida por Vigil, que coincidió con el salto al vacío de parte de su generación; su encantamiento por Octavio Sala y por el mundo enardecido del periodismo, así como su atracción por la sombra parlante que fue durante esos años Galio Bermúdez —mi rival, mi contemporáneo, mi vergüenza—. En 1977, desencantado del periodismo, Vigil decidió volver al claustro académico en busca de los fantasmas que ahí había dejado. Regresó a su seminario para los años más fructíferos y, para él, menos soportables de su vida. Armó con rapidez el segundo volumen de su historia y publicó el gran libro que conocemos sobre la guerra civil del constitucionalismo contra Villa y Zapata, el ascenso de Obregón y la rebelión de Agua Prieta en 1920. Luego revisó los fondos presidenciales del Archivo General de la Nación en busca de datos para los años veinte y acumuló las notas de unas tres mil tarjetas para los siguientes volúmenes de su

historia, que habría de terminar en 1936 con la expulsión de Calles del país y de los clanes norteños de la presidencia de la República.

Bosquejó capítulos y escribió largas parrafadas intuitivas sobre el sentido profundo y a la vez llano, hasta elemental, de los hombres de la Revolución. Acudió a simposios y publicó reseñas de novedades bibliográficas hasta ponerse otra vez al día y conocer las más increíbles minucias de cada región, como había conocido años antes las de cada familia y cada historia particular del Norte. (Hacia el año 69, en una cervecería de Hermosillo, había oído a Vigil interrogar a los parroquianos y deducir de sus apellidos historias familiares que incluían la identificación de los pueblos de procedencia del ancestro y la defensa local en que habían participado abuelos o bisabuelos del interpelado, hasta dar la impresión de ser un judío errante de la región que todo lo sabía como si lo hubiera vivido, incluyendo el apodo del primer muerto en una célebre emboscada yaqui del Bacatete y la familia de varilleros de la que había nacido esa voluntad de morir y matar a horcajadas de un caballo sin destino.)

Luego, lo sorprendió la intemperie. Y a mí su muerte.

No fui al entierro. El entierro vino a mí con la edición correspondiente del diario de Octavio Sala que desplegó un largo elogio funerario de Vigil, con semblanzas de amigos y colegas y la insinuación de que su muerte no había sido el accidente buscado que fue, sino una especie de venganza por no sé qué independencia periodística mal domeñada. Me irritó la aspiración santurrona a convertir esa muerte absurda, terriblemente real, en una denuncia ladina de la maldad del poder y sus agentes. Pero me irritó sobre todo que en las páginas dedicadas a Vigil hubiera sólo menciones de sus trabajos de historiador y en cambio tiradas interminables sobre su condición de periodista ejemplar, sus servicios críticos al país y las demás consagraciones ilusorias del diarismo.

Escribí una carta a Sala reparando la omisión. Fue publicada de inmediato junto con otras generosidades póstu-

mas. Pasaron luego las semanas, proclives al olvido, hasta que una mañana se presentó en mi oficina de la Universidad una esbelta muchacha de cuarenta años que dijo llamarse Oralia Ventura. Vestía un traje sastre azul y una mascada color perla en el cuello. Las primeras arrugas en las comisuras de sus ojos subrayaban más que desmentían la frescura juvenil de sus rasgos, los ojos atentos y una contención general, que sin embargo sonreía, bajo la superficie pulida de gestos y palabras.

Dijo haber leído mi carta y haberse decidido a verme luego de muchos titubeos, porque las cosas que tenía que decirme en relación con Vigil acaso configuraran un delito. Dije haber renunciado a la pretensión de juzgar los actos de otros y no haber tenido nunca vocación de ministerio público. Me contó entonces su “robo”, con risueña turbación. Después de un año de residencia en Seattle, con su marido, había regresado a la ciudad de México para iniciar los trámites de la reinstalación. Al saber la muerte de Vigil había seguido el impulso de ir a su departamento primero, y a su cubículo en el Castillo después, en busca de los papeles privados de Vigil y los ficheros de su investigación en curso.

—Tenía la llave del departamento —dijo, bajando la vista—. Por las razones que usted puede imaginar.

—No imagino —dije—. La escucho.

—Me refiero a que soy una mujer casada, pero el departamento de Vigil era también mío. Como si fuera mío, quiero decir. Pero eso no importa. Cuando estuve ahí y empecé a ver los papeles, sentí lo que le dije antes, que estaba incurriendo en un delito, tomando algo que no me pertenecía. Sabía perfectamente qué buscar, porque un año antes de separarnos había escuchado casi día por día qué planeaba, en dónde iba. Y me leía con frecuencia notas, entradas de los cuadernos. Bueno, cuando un año después empecé a recoger las cosas para llevármelas, sentí que las estaba robando. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—No sé si lo aburro.

—Sólo cuando se interrumpe.

—Saqué todo —siguió Oralia—. Quiero decir, *todo*: cuadernos, borradores, notas sueltas, tarjeteros, fotos, recuerdos y algunos libros. Cuando tuve todo eso en mi poder, naturalmente empecé a revisarlo. Fue una experiencia. Nunca me he sentido más lejos de alguien que de ese señor con quien había tenido una vida íntima durante los últimos siete años. Todavía me sorprende esa reacción. Entendí que era la persona menos indicada para tener esas cosas en mis manos. Hay demasiadas sorpresas para mí en esos papeles. Conozco las situaciones básicas e incluso soy protagonista de otras, pero el sentido de la mayor parte de lo que hay ahí no alcanzo a entenderlo. Es todo como un cuadro a medio hacer. Y no sé para dónde iba. No sé si me explico.

—Perfectamente.

—Lo que quiero decir es que me perdí en ese cuadro y empecé a buscar a alguien con quien compartir el asunto. Cuando leí su carta sobre Carlos (curioso que todo el mundo lo llamara Vigil, ¿verdad? Ni siquiera García Vigil. Vigil nada más, ¿no?), bueno, pensé que usted era la persona que debía ver esto. Puede usted pensar que estoy loca.

—En absoluto.

—Estoy un poco loca. Pero tardé todo este tiempo en venir a verlo por temor a darle la impresión de que estaba totalmente loca.

Le ofrecí café. Admiré sus piernas delgadas y robustas bajo la falda tersa del traje. Le dije cuánto había querido a Vigil y lo mucho que lo había malquerido.

—Creo que lo mismo le pasaba a él —dijo Oralia Ventura—. Hablaba mucho de usted. Le preocupaba su opinión en todo.

—Salvo en lo fundamental.

—No, en todo. Como si fuera su conciencia. Y al final, hasta como su vigilante o su centinela. Quiero decir: se lo había inventado a usted como alguien al que tenía que rendirle cuentas.

—Las rindió todas en ese hotel —dije.

—Un accidente —dijo Oralia. Sus ojos se llenaron de lágrimas en un solo golpe húmedo.

—El que busca encuentra —dije.

—Usted tiene razón —dijo Oralia, reponiéndose—. Es cruel, pero es la verdad. Carlos estaba buscando ese hotel mucho tiempo antes de que el hotel lo encontrara. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

—Es lo que digo.

—Somos un club de dos, entonces. Aparte de que no entiendo esos papeles, no puedo soportarlos tampoco. Cada alusión a cosas que me resultan familiares es como una bofetada, como una afrenta, como una infidelidad. No sé cómo decirlo.

—Lo dice perfectamente.

—¿Quiere ver los papeles?

—Sólo los referidos a la historia que hacía —dije, forzando la posición—. No quiero nada de la vida privada.

—Es imposible separarlos. De lo que he visto es un desorden, está todo mezclado. Hay que empezar por ordenarlos. Déjeme enviárselo todo como está, porque además no puedo tenerlos en la casa. No quiero mezclar, ¿me entiende?

La entendí.

Nos despedimos en la puerta del Instituto. La miré caminar, erguida y flexible, hacia los cajones del estacionamiento bajo el sol crudo del mediodía. La mascada flotaba en su cuello.

Tuve nostalgia, curiosidad, envidia adulta de Vigil.

Una semana después, Oralia Ventura cumplió su palabra. Encontré mi despacho convertido en insuficiente bodega del cargamento que ella había llamado “los papeles”. Eran cuatro cajas de un metro cúbico cada una, con libros, borradores, recortes de periódicos, tarjeteros con fichas de la investigación y dos maletas de prolífica memorabilia: fotos, recados, cartas personales, folletos de viaje, fetiches. Las maletas incluían también una colección de cuadernos repletos con la letra pulcra y diminuta de Vigil, en una multiplicación cromática de tintas pero con la regularidad geométrica, sin vacíos, de su rara serenidad caligráfica —fina, invariable, denodadamente opuesta a la historia de excesos que cifraba.

El chofer del Instituto trasladó ese sorprendente equipaje a mi casa en San Ángel y lo apiló en una esquina de la biblioteca. Eché las maletas al fondo del armario en la certeza de que incluían sobre todo los “papeles” personales de Vigil y empecé a vaciar las cajas en busca de lo otro. Destiné un entrepaño a los libros y folletos que había colectado Oralia, notando su lamentable unidad temática —las guerrillas mexicanas de los años setenta— y su pobrísima calidad: “memorias”, libelos, “historias”, basura.

Durante las dos semanas que siguieron revisé las tarjetas de la investigación de Vigil. Eran, como he dicho, unas tres mil. Repetían sin variantes su mecanismo de trabajo: la glosa del documento encontrado en el archivo, abundantes citas del texto original y abajo un párrafo libre destinado por Vigil a recordarse las razones de su elección del documento y a explorar sus ecos recónditos, sus “mensajes escuchados”. Tarjeta tras tarjeta podía acudirse ahí al espectáculo del historiador leyendo atrás, a los lados, en las rendijas del documento las cosas que el documento revelaba, la animación recóndita de la historia mostrándose, involuntaria, en sus vestigios.

Siguiendo la lógica interna de las tarjetas y las indicaciones de Vigil, agrupé el material en seis secciones de criterio cronológico y una séptima de reflexiones y aforismos. Empecé luego una lectura de lo ordenado por ver si, como creía, las astillas del taller de Vigil hacían sentido juntas, pese al origen casuístico y azaroso de su recolección. Así fue, salvo por la premura de la redacción, salpicada de excesos y cacofonías que podían aliviarse sin embargo con un mínimo esfuerzo de limpieza. Empecé a practicar sobre la marcha esa cirugía menor. De pronto, al final de la sección segunda, luego de un mensaje de Calles a Carranza fechado en Chínipas, Sonora, el 12 de agosto de 1916, esa materia inerte saltó sobre mí y Vigil invocó, por primera vez ante mis ojos, la memoria insomne de Mercedes Biedma.

Su mensaje inesperado estaba escrito en la tarjeta luego de la pulcra transcripción del telegrama. Decía:

Memorándum para Mercedes Biedma sobre los archivos y el efecto de sus lamentos inaudibles.

1. Los fantasmas vagabundos que habitan los papeles de los archivos gritan mensajes inaudibles. Me recuerdan que sobrevivirás al milenio mientras yo envejezco con él.

2. Soy ahora tres años mayor que el que fui contigo, y un milenio más viejo y empolvado.

3. Quiero gritar aquí mi propio grito inaudible: cuando termine el milenio seré un cuarto de siglo mayor de lo que fuimos, y dos mil años más viejo y empolvado que hoy. Pero tú seguirás idéntica a ti misma, detenida en el milagro de tus veintiocho, fechada, intemporal, anterior para siempre al milenio.

4. Estos versos:

Cuando llegue el milenio
Todos seremos como ahora,

Triviales y milenarios,
Bebedores distraídos de sueños
y cafés.

5. Es insoportable la idea metafísica, tangible como el recuerdo de tu cuerpo, de tu ausencia puesta a salvo del tiempo.

A salvo del tiempo había puesto Vigil ese mensaje loco, sembrado en la rutina de los días del archivo como una llama anárquica condenada a quemar los ojos de un improbable lector futuro. Había quemado los míos con su fulgor desolado, como si Vigil me hubiera elegido malignamente desde ese más allá donde su sonrisa apacible seguía celebrando a contrapelo su caída.

—¿Quién es Mercedes Biedma? —pregunté a Oralia Ventura días después, luego que hubo puesto la cucharilla del café en el plato, sobre su rodilla redonda, bien ceñida por una media oscura.

—Ésa es la mitad de la historia —dijo Oralia, parpadeando con visible turbación—. Está toda en los cuadernos, salvo lo que yo sé.

—No he tocado los cuadernos —dije, y expliqué el origen de mi curiosidad: la intrusión de Mercedes Biedma en las tarjetas del archivo de Vigil—. Si me disculpa la mala metáfora —agregué—, descubrirla ahí fue como una explosión en un convento.

—Es la marca de la fábrica —dijo Oralia, con celo rescolado—. Todo el tiempo fue igual.

—¿Cuál tiempo? ¿Igual a qué?

—El tiempo que duró: igual a una explosión en un convento.

Le pedí que me contara y me contó mal, aunque brevemente, la historia de un amor desdichado, con su modesta saga de rompimientos y un desenlace gratuito tan cruel y sin sentido como sólo puede imaginarlo la realidad.

Días después soñé un lechoso confín marino en el que Vigil aparecía sonriente, llamándome con el brazo antes de borrarse en un escurrimiento de líneas y texturas, como un dibujo de polvo lavado por la lluvia. Terminada la escena apareció de nuevo, llamándome otra vez hacia el confín, el pelo alborotado por la misma brisa fresca y juguetona, risueña como él, unos segundos antes de que la efigie volviera a diluirse hasta borrarse del todo. Cuando apareció la tercera vez, entendí que tenía una pesadilla: su sonrisa distante y despeinada era ya la señal del ahogo que me acosaba con el aviso momentáneo de la muerte. Como siempre después de esos accesos de la noche, no pude volver a conciliar el sueño. Pasé a la biblioteca, rescaté del armario las maletas postergadas de Vigil y empecé la larga marcha hacia el confín a que me había llamado.

Había en los papeles de Vigil suficientes indicios de su vida. Para empezar, un diario. Sus entradas, caóticas y tumultuosas, cargadas de detalles inútiles y descripciones innecesarias, estaban cruzadas, sin embargo, por una falta total de autocomplacencia y por la pasión viciosa de la escritura. Podía dedicar páginas enteras a la reconstrucción de un diálogo, la descripción de un restorán o la demorada na-

rración de la falta de incidentes de una semana. Pero en el cauce impetuoso de ese espejo diario había el trazo de una biografía radical, calvinistamente atenta a sus abismos y sus miserias, censataria exigente de sus pasiones oscuras, de sus malos impulsos, casi angelical en el candor y la honestidad de sus exhibiciones.

Completaban el diario dos colecciones de cartas y recortes de prensa subrayados, más una miscelánea de fotos en la que sobresalían cuatro de gran tamaño, con facha de trabajo profesional. Repetían la efigie desnuda de una muchacha sentada en un equipal, reclinada en el quicio de una ventana, reflejándose en un espejo, mirando a la cámara con una frialdad invitadora en cuyo desafío juvenil creí reconocer los ojos risueños, los labios dibujados, la seriedad curiosa y como disponible de Oralia Ventura.

Una serie paralela de cuadernos recogía el proyecto en curso de Vigil: una novela. No hacía falta inferir los vasos comunicantes de ese proyecto con el diario y la vida personal de Vigil, porque él mismo se había encargado de marcarlos con referencias cruzadas y un cuidadoso guión de las historias que mezclaría la novela. Era una trasposición apenas disfrazada de su propia experiencia, contada además en primera persona: las cicatrices de su amistad, de su vida amorosa, de sus ilusiones públicas.

Había avanzado poco en la redacción de la novela —dos capítulos completos y fragmentos de otros—, pero había pensado con detalle, en sucesivas versiones, el itinerario de la obra, sus partes y capítulos, gran cantidad de diálogos y escenas aisladas, así como una larga serie de notas sobre la simbología implícita, los sentidos ocultos, las significaciones paralelas. Había cambiado los nombres reales también y agrupado en uno o dos de los ficticios, situaciones y anécdotas vividas con las más diversas personas.

El conjunto era algo menos y algo más que la historia sentimental y política de una generación. Era un esbozo encarnado de la trágica generosidad de la vida mexicana, su enorme capacidad de dispendio humano y la resistencia, diríase intemporal, a sus propios lamentos: no sé qué fatali-

dad estoica, maestra de la vida dura e injusta, imposable como el tiempo, severa y caprichosa como él, matrona de la adversidad y de la lucha incesante, costosísima, por la plenitud de la vida. De todo, acaso lo más perturbador fuera el nivel de maduración alcanzado por el proyecto, su inminencia gravitatoria, la sensación de que a partir de donde estaba no habría sino que dejarlo correr por la máquina de un tirón.

Leí y volví a leer esos cuadernos en marcha, detenidos como la memoria de Mercedes Biedma en sus fechas definitivas, resistentes al tiempo. Busqué a través de Oralia a los personajes vivos de la historia y construí mi propia información. Lo hice laboriosa y ciegamente, hasta ponerme en situación de repetir el desvarío de Lytton Strachey, según el cual el exceso de conocimiento sobre la vida de la reina Isabel de Inglaterra impedía su biografía. Pero no me propuse la biografía de Vigil, sino —¿debo decirlo así?— la continuación estricta de su vida, de la única vida que era posible devolverle ahora y que en parte he vivido por él, la vida que quedó guardada en sus cuadernos, a salvo de su propia voluntad y de la mía, la vida que imaginó deseable a partir de la suya y que acaso la explica y la ilumina mejor que su más fiel relatoría. Hablo de su novela, que es ahora la nuestra. No tengo otros títulos para haberla emprendido que la voluntad burriciega de ser fiel a sus fantasmas, no a los míos, para darles el reposo que demandan en mí.

*En La Cerrada de Siempre
San Ángel, México.
Febrero de 1986*



PRIMERA PARTE
A LA INTEMPERIE





CAPÍTULO I

—Todo pasó hace un siglo —dijo Oralia Ventura flotando, recordando—. Y hace sólo unos años. Los primeros días vienen ahora a mí como si fueran partes de la vida de otra mujer. Una mujer joven y libre a la que envidio y que sin embargo fui yo. Y un Vigil también joven, más libre y envidiable aún que yo, al que ahora dudo haber tenido como sé que lo tuve. Y Santoyo, Mercedes, Paloma, el Castillo de Chapultepec. No sé cómo decirlo: todo eso estuvo ahí, fuimos nosotros. Pero todo se fue. Es difícil creer en mis propios recuerdos porque son demasiado felices para ser ciertos, porque continuamente parecen estar recordando la felicidad de otras personas.

1

Varios años después, quemado por la llama del recuerdo, Vigil consignó en el cuaderno de la novela los inicios del camino. Se había separado de Antonia Ruelas, su mujer, y de su hija Fernanda en el año de 1971 “como anticipo”, creía, y hasta como trámite argumental de la extraña temporada que vino después, esa especie de “prólogo a la guerra de Galio” que empezó con su encierro en el Castillo de Chapultepec para redactar las cuatro cuartillas diarias que más tarde formarían el manuscrito de novecientas sobre la Revolución mexicana en el Norte.

La Dirección de Estudios Históricos, donde Vigil había conseguido trabajo, era una pequeña casa empotrada en las faldas del Castillo de Chapultepec, dentro del corazón arbolado y legendario de la ciudad de México. Vigil llegaba a su cubículo tarde por la mañana, pero hacía jornada continua de once a seis, comía tortas sobre el escritorio, sorbía un litro diario de café y veía acumularse centímetro a centímetro los veinte de altura que finalmente tuvo el original. Fueron ocho meses, los más “intensos y libres” que podía recordar, ajenos por completo a la irregularidad y el desánimo, o a la sensación, tan familiar, de haberse empeñado otra vez “en una tarea vicaria, aplazadora de no sé qué exigente destino” (Vigil).

Ocupaba la última hora de cubículo ordenando las fichas de lo que escribiría al día siguiente y cruzaba después el laberíntico Castillo —los setos ajados, las fuentes ciegas, las terrazas remodeladas con adoquines—, para recoger a su amigo Santoyo, que esperaba en la otra ala del conjunto, enterrado a su vez en las obligaciones de una bibliografía infinita. Bajaban juntos al restorán Bottom’s en las calles de Río Lerma en busca de los profusos aperitivos y la cena pantagruélica que los dejaba entrar con bien a la noche, esa búsqueda suave —“lacia y demorada, como Santoyo mismo” (Vigil)—, de los lugares de rumba, los bares del centro o el departamento de Oralia Ventura, la administradora del Museo. Nunca supo Vigil cómo se le había metido Santoyo a Oralia, ni cómo una madrugada de sábado recalaron en su departamento los naufragos de una excursión al bar África de Bucareli, para constatar que en el departamento sobraban vinos y el marido de Oralia, un ingeniero que viajaba a menudo, había ido a montar una planta en Tampico. Fue así como se instalaron en la pequeña sala de muebles de cuero y lámparas indirectas “siete borrachos enervados por la rumba” (Vigil) y por la hipótesis gratuita de que alguien podría quedarse esa noche con la anfitriona. Bebieron, bailaron, hablaron y volvieron a beber y a bailar lo que quedaba de la noche. Cuando empezaba a amanecer, en medio de la torva animación de la plática, Oralia se durmió apaciblemente torcida sobre un taburete. Santoyo empezó entonces a recoger ceniceros y botellas a medio vaciar y dijo que era

hora de irse. Lo dijo suave y contundentemente, con esa calma entre razonable y ominosa que había llegado a ser su segunda naturaleza. Diciendo y haciendo, tomó su milenario saco azul de botones dorados, ofreció vasos de plástico a los que quisieran llevarse su trago y vigiló la salida de todos antes de encaminarse él también hacia el pasillo.

Bajaron en hastiado tropel los tres pisos del edificio rumbo a una madrugada blanquecina y desierta, en medio de la cual Santoyo rehusó un aventón a Mixcoac —donde vivía con Vigil— alegando que tomarían menudo en la esquina de la vuelta. Pero en la esquina de la vuelta no vendían menudo, ni en la siguiente, así que doblaron la esquina que faltaba y estuvieron otra vez frente al edificio de Oralia, en las calles discretas y provincianas del General Protasio Tagle, junto al bosque, en la colonia San Miguel Chapultepec. Una vez certificado que todos se habían ido, Santoyo sacó unas llaves, abrió el portón de abajo del edificio de Oralia y entró. Lo hizo todo tan rápido que antes de poder decirle nada, ya Vigil lo iba siguiendo a zancadas por las escaleras rumbo al departamento de Oralia, en cuya puerta Santoyo se detuvo para probar otra vez las llaves, que evidentemente desconocía.

—Vámonos de aquí, dirigente —le dijo Vigil, creyendo entender que Santoyo se había robado las llaves y que aquel regreso era parte de su arbitrariedad alcohólica. Por toda respuesta Santoyo probó de nuevo las llaves, con éxito ahora, aunque la puerta después de abrir volvió a trabarse con la cadena de seguridad que estaba puesta por dentro.

—¿Quién es? —se oyó la voz de Oralia Ventura.

—Yo soy —dijo con voz bíblica y ebria Santoyo, metiendo la cara por la rendija.

—Le digo que nos vayamos, dirigente —insistió Vigil, tratando de jalar a Santoyo a las escaleras (“con la actitud que no hubiera podido sino exigirse del Caballero del Alba”: Vigil). Pero entonces la puerta se abrió y vieron asomar la cabeza húmeda y risueña de Oralia Ventura:

—Me estaba bañando —dijo, como si se disculpara.

—Ya nos vamos —se disculpó Vigil, acusando recibo de lo que le pareció la molestia de Oralia.

—Pasen, me estoy helando —siguió Oralia (“con un toque de fastidio, ahora sí, para el Caballero del Alba”: Vigil).

Santoyo lo empujó hacia adentro y Vigil entró. Alcanzó a ver a Oralia, mojada y desnuda, corriendo de puntitas por el pasillo rumbo al baño, antes de que Santoyo lo empujara de nuevo hacia la sala. Santoyo se sirvió un resignado coñac con coca cola y se dejó caer, como vencido por la fatiga, sobre uno de los sillones de cuero.

—Pongan música —gritó Oralia desde el baño.

Vigil puso el disco que estaba en la tornamesa. Era Daniel Santos:

Virgen de medianoche, virgen, eso eres tú

—Y tráiganme un vodka en las rocas —gritó Oralia.

Vigil sirvió un vodka en las rocas y se lo llevó. Oralia estaba frente al espejo del baño, humeante todavía, echándose crema en la cara, las cejas esfumadas, los pómulos brillantes, los labios pálidos, una toalla arrollada en forma de turbante sobre el pelo y otra, anudada a la espalda, que le cubría el cuerpo desde el pecho hasta los muslos. Le dio un sorbo al vodka y se volvió a besar a Vigil parándose de puntitas.

—Estás muy alto —le dijo, y lo besó de nuevo.

Terminó de pasarse el bastoncillo de rímel en las pestañas sin dejar de dar tragos a su vodka. Luego jaló un banco que estaba junto al lavabo, se paró en él y volvió a besar a Vigil, concentradamente esta vez, pasándole la mano por la espalda.

—Quítate esto —dijo, jalando la camisa mientras le desbrochaba el pantalón y lo bajaba, junto con los calzoncillos, hasta el piso.

Vigil zafó la toalla del pecho de Oralia y la vio desnuda, de frente, por primera vez. (“Era una falsa flaca”, escribió más tarde. “Tenía la cintura de alambre pero los senos y los brazos redondos, como las nalgas, con la única sobredosis de un hueso pélvico que dibujaba alrededor de su vientre hundido el arco de una mandíbula de tiburón.”) Oralia llevó

la mano de Vigil a una de sus piernas y Vigil se sintió ridículo frente a esa maravilla —el vaso en la mano, los pantalones en los tobillos—, desarmado por la prisa natural y como amistosa de su lujuria. Tuvo el deseo curioso —defensivo y familiar— de que todo hubiera terminado ya para poder conversarlo después al detalle con Santoyo (“vivirlo y guardarlo, para desempolvarlo juntos, años después, en el aura rejuvenecedora de la memoria”: Vigil). Pero no acabó rápido, no hubo prisa ni aplazamiento, sino su primer ingreso al cuerpo memorable de Oralia Ventura. Tenía suficiente alcohol adentro y tardó en venirse “toda la Edad Media” (Vigil) sentado en la taza del baño, con Oralia encima, tan ávida y morosa como él, en esa intensidad que “sólo alcanzan los crudos y los afiebrados”.

Al terminar, el turbante de la cabeza de Oralia se había deshecho y el pelo húmedo le caía sobre la espalda. Lo unió tensa y torpemente con una liga y salió del baño, jalando a Vigil de la mano para que la acompañara. Vigil no pudo seguirla porque, como se ha dicho, tenía los pantalones en los tobillos y no podía caminar, así que en vez de seguirla recogió el vodka que Oralia había dejado y le dio dos grandes sorbos con la “elegancia y la naturalidad saciada que sólo puede alcanzar el Caballero del Lavabo” (Vigil). Enmendó después el penoso asunto de los pantalones y caminó a la sala, balanceándose como pingüino, para descubrir que Oralia había atacado también a Santoyo y lo tenía reclinado en el sillón, todavía con la copa en la mano y con los lentes puestos. Se movía a horcajadas sobre él, con “amorosa cautela” al principio y “urgencia desconsiderada” después, hasta que obtuvo de su escéptico objeto los temblores del caso y lo dejó sumido en “un limbo postorgásmico” (Vigil). Lo miró un rato después, con “exhaustos y licenciosos ojos de tísica”, afinada en sus facciones por las ojeras de la noche en vela que daban mayor profundidad a los rasgos angulados de su cara. Puso luego un edredón maternal sobre Santoyo y llevó a Vigil de la mano a su cuarto. Sacó una toalla seca del clóset, rehizo su turbante, se metió a la cama y se volvió de espaldas para dormir, poniendo las nalgas frías contra las piernas de Vigil.

Amanecieron después de mediodía, jóvenes y saciados en una “complicidad agradecida” (Vigil). Comieron en un restorán chino y fueron a la primera función del cine, de donde Oralia partió al aeropuerto a recoger a su marido que volvía de Tampico, y Vigil y Santoyo a otro cine, para acabar de “se-
renar el día”.

Durante los meses que siguieron, siempre que se pudo salieron juntos. Oralia venía a pasar la noche al departamento de Santoyo, donde Vigil vivió una temporada —breve, como se verá, en calidad de damnificado marital—, o ellos iban al de Oralia cuando su marido había salido. A veces Oralia buscaba a Vigil, a veces a Santoyo; a veces quería salir con los dos, a veces con ninguno. (“Pasaba entre nosotros transparente y neutra”, resumió Vigil, “sin suscitar otra ambición que la de su compañía, sin tensiones ni posesiones, como una brisa fresca en una terraza soleada”.) Más que una pasión erótica o una complicación amorosa, en aquellos primeros tiempos Oralia Ventura fue para Vigil la extensión de una amistad, el cauce sexualizado de una camaradería, justamente la antípoda de la otra mujer que marcó y gobernó sus años hasta envolverlos, como un hechizo, en el aliento de su nombre: Mercedes Biedma.

2

Seis años de empeñoso matrimonio habían apartado a Vigil de la sensación de disponibilidad que Oralia Ventura transmitía o suscitaba en él: la certidumbre soltera de no tener sitio obligatorio al que volver, ni estar adscrito a los papeles fijos de esposo y amante —padre, en el caso de Fernanda—. (“La convención de habitar un mismo espacio, una misma mujer, la familia, la buena conciencia doméstica y los kilos matrimoniales de más”: Vigil.) Había contraído esos hábitos a principios de 1965, en una boda absurda que escogió, según sus propias palabras, como “el campo de una forzada graduación de adulto” y que acabó viviendo como una “cárcel prematura”. Luego de seis años de esa adversa alquimia senti-

mental, una noche alcohólica de junio, su amigo Pancho Corvo arrasó aquella coartada doméstica —o acabó de arrasarla— con una ráfaga de ira fraterna que después no recordó.

Corvo y Vigil se habían conocido dos años atrás, durante una cena en una casa de las afueras de la ciudad. Habían conversado toda la noche, hasta el amanecer, y habían visto crecer las nubes de la mañana sobre el pueblo de Cuajimalpa como una alfombra sanguinolenta (“tan irreal que anunciaba quizá nuestro desprendimiento de la tierra”: Vigil). El común alcohol y el vicio de la literatura, vertientes recíprocas del genio corviano y la ambición de Vigil, los dejaron construir en el curso de los meses siguientes una amistad tejida de expectativas sobre el mutuo futuro, eje de toda fraternidad adolescente. La vigencia de esa magia, que se da muy rara vez pasados los veinte años y que Corvo y Vigil encontraron bien cercanos los treinta, fue lo que Corvo llegó a rasgar aquella noche de junio.

Corvo vino esa noche desolado y ebrio porque habían descerebrado días atrás, en un accidente, a un conocido de su infancia, el Guacho Fonseca, que llevaba casi una semana vivo pero desahuciado en el hospital, intacto y sereno el rostro, con una venda como un casco sobre el cráneo machacado. El tictac del corazón, registrado por la luz del electro, era la única señal vigorosa de ese cuerpo vegetativo, separado de todo lo que no fuera la pulsación de su masa orgánica, la fisiología autónoma de ganglios, vísceras y músculos activos sin propósito.

La piedra eternamente quiere ser piedra, dice Borges explicando a Spinoza. En esos tiempos, Pancho Corvo quería ser “eternamente un trago más” (Vigil), un continuo más allá de la ebriedad, hasta la frontera de la liberación por el riesgo elegido de la provocación y el desastre. Algo hondo y huérfano en él lamentaba la desgracia del Guacho Fonseca, pero algo más profundo “usaba ese sufrimiento”, escribió Vigil, “para justificar el siguiente trago, la perfecta escalera rumbo a ese más allá donde Corvo gozaba, desgarrado, cumpliendo los versos de Rosario Castellanos: *Matamos lo que amamos, lo demás no ha estado vivo nunca*”.

Vigil le sirvió un wisqui, que Corvo no se tomó, y luego una cuba. Apenas podía hablar o sostenerse en el sillón, hasta que vomitó en el baño y recobró el respiro. Exigió entonces el siguiente trago y lo puso en el centro de la mesa para iniciar su desahogo. Muy despacio al principio, como acelerado por la exactitud de sus hallazgos después, esa noche Pancho Corvo cantó los oprobios de la vida doméstica de Vigil, los miedos y las rutinas que la ordenaban —“a la vez triviales e inconfesables” (Vigil)— y los deseos contenidos, el pozo de “honradas hipocresías y falsas serenidades” en que, según Corvo, Vigil había convertido sus trabajos de esposo, padre, amante, arruinando por su lado lo que alguna vez amó hasta convertir la frescura de Antonia en una tontería —su lujuria en rutina, su solicitud en agobio—, sus intentos literarios en una mascarada, su perspectiva toda en un “cómmodo desengaño por programa, con asiduos apocalipsis de bolsillo” (Vigil).

Corvo dijo todo eso —escribió Vigil—, actuando magistralmente sus emociones, con la efímera pero intensa lucidez que hay en ciertas franjas del viaje alcohólico, para terminar en el elogio de la intemperie —es decir, del Guacho Fonseca— y la obligación literaria del riesgo. Todo lo contrario, dijo, de la resignada y mediocre “metafísica de la protección” en que yo había convertido, “como un Midas pordiosero”, todo lo que había tocado: mi mujer, mi trabajo y mis dones (*sic*), la verosímil promesa de una obra por venir, y en general toda la cháchara tan efectiva de la pérdida del reino y sus posteridades.

—Protegido —dijo al final Pancho Corvo, “como si dijera en realidad pendejo”: (Vigil)—: tu hija protegida, tu esposa protegida, tu casa protegida. No eres más que el saldo de tus candados que son a su vez el saldo de tus miedos: tu miedo a la calle, tu miedo al riesgo, tu miedo a la intensidad. Todo lo contrario de lo que fue Fonseca. Yo me pregunto por qué no te accidentaste tú.

Con menos brusquedad pero con mayor eficacia, como suele suceder, todo lo que Corvo ofendió esa noche en Vigil lo había ido rompiendo ya, durante largos meses sin tregua,

la fascinación por Mercedes Biedma. Nadie había despertado hasta entonces en Vigil algo tan parecido a una pasión proustiana como la que acabó marcándolo con el nombre de Mercedes: la certeza inerme de ser gobernado hasta la puerilidad por un poder amoroso cuya fuerza y mecanismos nos son en lo fundamental desconocidos y cuya huella no es una parcela adolorida de la memoria sino la segunda naturaleza de una vida.

Mercedes Biedma había irrumpido entre los setos del Castillo una mañana en que los miembros de la Dirección de Estudios Históricos discutieron el memorable ensayo de Alfredo López Austin sobre los homenajes del cuerpo en la cultura nahoa. Ningún homenaje mayor al cuerpo mismo que la presencia inesperada de Mercedes Biedma ese día en la terraza propiciatoria donde Vigil la vio surgir, distante y luminosa, como extraída de un figurín de modas, con el cabello suelto sobre los hombros. El sol filtrado por los ahuehuetes sombreaba sus facciones helénicas y la sucesión de triángulos que la resumían: de la frente al mentón, de los hombros a la cintura, de las caderas a los tobillos, “su deslumbrante belleza española de huesos grandes y músculos alargados” (Vigil). Se había incorporado al equipo de investigadores que fatigaba los cubículos del Castillo dispuesto a revolucionar la historiografía de México mediante la innovación metodológica y el trabajo colectivo. Había encontrado lugar en el seminario de historia económica que estudiaba a los empresarios mexicanos del siglo XIX, rastreando sus transacciones bucaneras en el Archivo de Notarías de la ciudad de México. No habló durante el seminario pero quedó frente a Vigil y él pudo verla a su antojo durante las horas que duró la sesión, sentada en una de las filas del fondo, junto a la ventana, fumando sin parar, llevándose la mano al pelo para echarlo hacia atrás con un ademán de bailarina que parecía prolongar “la suavidad de las hebras castañas, el marco tenue y como esfumado de su perfil recto, sereno, abstraído, irresistible” (Vigil).

Antes de poder reaccionar al influjo de esa presencia, Vigil era ya su cultivador fetichista, su procurador desconsolado. Ah, la órbita magnética de todo lo que lindara con

Mercedes Biedma, la novedad de sus gestos, la hilera blanca de sus dientes, la amplitud de sus hombros, el esbelto arco de su pie, los aretes que robó para conservarlos, como el pañuelo con manchas de su bilé, en folders relegados que desde entonces frecuentó. Ah, la minuciosa ingeniería destinada a coincidir con ella en el café del Castillo por las mañanas, la insoportable carga física del menor contacto, la urgencia de acapararla, entretenerla, ceñirla a sus manías, someterla a sus temas, habituarla a su compañía totalizadora.

Conforme esa fascinación se cumplía, Vigil empezó a odiar sus rutinas maritales, a vivirlas como una prisión en la que tampoco cabían términos medios: ni el discreto malabarismo del adulterio ni la perezosa disciplina de seguir adscrito a los viajes eróticos sin riesgo —como eran, según Corvo, los placeres de su matrimonio: planos, seguros, gratificantes, inertes.

Pasaron sin embargo varios meses antes de que el anhelo de Mercedes encontrara algún cauce de realización amorosa, envuelta como estaba su proximidad en el formato de una convivencia laboral, regida por la camaradería. Pero hubo la tarde de un viernes de mayo en que todo fue propicio. Antonia Ruelas y su hija Fernanda habían viajado a Colima por las vacaciones de primavera y Vigil gozaba de una soledad a la vez insípida y ansiosa. (“Recuerdo ahora”, escribió más tarde, “la excitación soltera de aquellos días, codiciosos de sorpresas, la diaria resignación del regreso sin gloria, temprano, al departamento vacío de la Condesa, más vacío entre más contrastado con la vocación de aventura que aspiraba a llenarlo de intensidades y presencias. Y la conspiración de los objetos: la manzana mordida, dejada sobre la mesa a las nueve de la mañana, seguía exactamente ahí a las siete de la noche en que yo volvía. Nadie había devuelto a su librero el libro abandonado en el sillón, y seguía también ahí, con el cenicero y las colillas sobre el piso, tal como habían quedado la noche anterior. Idénticas a sí mismas seguían las colchas arrumbadas sobre la cama, las toallas mal puestas a secar en el baño, los zapatos olvidados en el pasillo”.)

Como nunca en esos días, aquella “sucesión de naturale-

zas muertas” le pareció a Vigil el saldo estéril de un modo de vida, el bagazo de la dulzura que hubo en él alguna vez, la certificación gemela del otro bagazo que eran o parecían ser sus veintinueve años “sin obra, ni grandeza, ni reino prometido”. Mercedes Biedma vino a despeñar todo eso la tarde de aquel viernes de mayo con el sencillo procedimiento de entrar al cubículo de Vigil y preguntarle —alta la tarde, semivacío el Castillo, abierta la noche— si tenía tiempo para una copa en los lugares de siempre, con los amigos de siempre, que la habían comisionado para que lo invitara. Asumiendo la única actitud que cabía esperar del Caballero del Cubículo, Vigil dijo desconocer quiénes eran los amigos y lugares de siempre, aunque tiempo hubiera de sobra, pero también algunas cosas que terminar, como cuadraba los viernes en la noche a las obligaciones intelectuales del Caballero de la Disciplina. Mercedes prendió un cigarrillo, se metió un dedo en el lagrimal del ojo izquierdo, echó su abundante cabellera hacia atrás con un relincho y dijo después, la voz apagada, como si hubiera un nudo en su garganta:

—Te estoy invitando yo, cabrón.

3

El lugar de siempre fue una cervecería frente a los viveros de Coyoacán. Unos quince compañeros, que incluían a Santoyo y al director del centro, bebieron cerveza y comieron salchichas alemanas hasta eso de las once de la noche, hora en que empezaron a promover una escapada a los antros de rumba del centro. Salieron todos juntos de la cervecería, pero Mercedes Biedma y Vigil no fueron hacia el centro sino a un mirador que Mercedes conocía en las hondonadas de la Barranca de las Lomas. Mercedes detuvo ahí su coche, bajó la ventanilla, prendió un cigarro —“siempre el cigarro, la fresca línea del humo por sus hermosas aletillas, sobre sus bellos labios agrietados” (Vigil)— y se recargó sobre la puerta de su lado, como dispuesta a evitar el contacto o a no ofrecerlo sin negociación, declaración o litigio.

- ¿No vamos al antro? —preguntó Vigil.
—Obviamente no —dijo Mercedes—. ¿Prefieres?
—No —dijo Vigil.
—¿Prefieres estar aquí? —preguntó Mercedes.
—Tampoco —dijo Vigil.
—¿Qué prefieres entonces? —dijo Mercedes.
—No sé —dijo Vigil.
—Sí sabes —dijo Mercedes—. No te atreves.
—Preferiría tomarme una copa —dijo Vigil.
—No —dijo Mercedes—. Preferiría que me dieras un beso.

La besó esa noche por primera vez “hasta la hipnosis y la abolición del tiempo” (Vigil), lo que quiere decir hasta la madrugada incipiente, bajo cuya luz inaugural se despidieron, frente a una base de taxis, a unas cuadras de la casa de Mercedes en las Lomas.

—Tú —dijo Mercedes antes de irse, tomando a Vigil de la cara—. Eres tú, eres tú, eres tú.

No fue Vigil, sin embargo, quien bajó del coche de Mercedes sino otro, reciente, apenas puesto en el mundo, sin nombre ni pasado, todo él vuelto una sola euforia primeriza, una plenitud ligera y sin fisuras, sellada por la imagen del rostro de Mercedes diciéndole de nuevo: —Preferiría que me dieras un beso.

Decidió no ir a Colima esa última semana de mayo, como le había prometido a Antonia. Esgrimió por teléfono, impaciente, los compromisos de trabajo del Castillo y se sumió a continuación en la novedad de Mercedes Biedma, como quien se hunde en su primera borrachera: sin límite, ni cálculo, ni imaginación de sus efectos. Un día sí y otro también, mañana, tarde, noche y madrugada, acudió a la superficie rechinante y apasionada de su encuentro con Mercedes Biedma y sus sesiones hipnóticas de besos. Supo de la ansiedad de llamarla por teléfono anticipando los incidentes que podrían negarla y de la larga espera en el punto de la cita antes de verla llegar “natural y fastuosa como un milagro diario” (Vigil). Todo, cualquier cosa, a cambio de ese momento en que encontraba a Mercedes Biedma y empezaba a besarla —en el coche, en el cine, en la oscuridad tropical del bar Cartier, del

que se hicieron asiduos esos días, o en el mirador ritual, ya conmemorativo, donde Mercedes Biedma había empezado a decir, interminablemente: —Preferiría que me dieras un beso.

El regreso de Antonia y Fernanda de Colima, a principios de junio, cortó de tajo la versatilidad de ese noviazgo y acendró las acedias maritales de Vigil. Odió entonces lo que antes sólo lo aburría. Lo que le había parecido hasta ese momento disculpable como carga de un matrimonio normal, se le volvió la prueba misma de la mediocridad y el fracaso, la clausura anticipada del reino que estaba para él.

La noche que Pancho Corvo entró a su departamento lamentando la desgracia del Guacho Fonseca, Vigil ya sólo necesitaba un empujón para que todo aquel compendio de agravios anticonyugales se atreviera a decir su nombre. Corvo dijo por él las palabras precisas esa noche de junio. Vigil no lo entendió al principio, entre otras cosas porque Corvo repitió hasta la insolencia que ojalá el accidentado hubiera sido el propio Vigil y no Fonseca, a resultas de lo cual Vigil suspendió el servicio de bar y sacó a Corvo de su casa en un arranque de violencia incontrolado, que no era su especialidad. No fue fácil sacar a Corvo, borracho como estaba, meterlo al elevador, bajarlo tres pisos y dejarlo recargado en la puerta mascullando contra Vigil “protegido”, en plena indiferencia por su desprotección. Pero fue más fácil eso que disolver la ira con que Vigil regresó al departamento, sacudido aún por ese viaje al exterior de sí mismo, con la sorpresa de quien ha podado todas las zonas extremosas de su naturaleza y la descubre un día, “desgreñada y rabiosa, con los tigres intactos” (Vigil).

Sirvió una cuba y empezó a caminar por el pequeño espacio, entre los sillones y el librero. Deshizo un ejemplar de *La educación sentimental* y luego un tomo de las obras de Alfonso Reyes que incluía *El suicida*, con su inquietante estadística de hombres que desaparecen sin dejar huella, abandonando misteriosamente trabajo, familia, ciudades y vidas anteriores. Así se había ido su padre diez años antes de que la madre de Vigil muriera, a los veinte cumplidos de su edad. La vida conyugal de Vigil había sido en gran parte un esfuer-

zo teórico por probar, a costa de los involucrados prácticos, que él no repetiría la historia.

Guiado por la misma ebullición, dejó la sala y siguió hacia su escritorio, aborreció “ese cuento sobreescrito hasta el cansancio” (Vigil) y su registro en un diario “cuidadosamente descuidado” para persuadir el ojo de un honesto lector futuro, rompió ambas cosas y luego el cenicero de porcelana con escenas bucólicas que Antonia había impuesto, como alegre marca de propiedad, sobre su lugar de trabajo. Pasó del escritorio al baño, odió la rebaba del jabón en el lavabo, el leve olor a caño de siempre, las cosas inocentes y culpables de la pareja (“la gorra de baño de Antonia, las hormas para evitar que se arrugaran los zapatos sin uso, el espejo que alargaba las figuras”). Era absurda y arbitraria esa descarga contra los objetos, pero no su rigor emocional: la constatación exaltada y violenta de que durante las últimas semanas en verdad se había desmoronado un mundo del que ahora inventariaba los despojos.

A fines del mes de junio, Antonia y Fernanda volvieron a Colima otra temporada. Unos días después Vigil llegó a decirle a Antonia que iba a irse de la casa. (“Puedo recordar su estupor al oírlo y la crueldad involuntaria de mi dicha”: Vigil.) El Guacho Fonseca entró en estado de coma la misma semana que Vigil sacó sus cosas de la colonia Condesa, donde vivía, se mudó al departamento de Santoyo en Mixcoac y empezó a escribir el “mamotreto” sobre la Revolución mexicana en el Norte. Fernanda tenía cinco años, Antonia Ruelas veintiocho, Vigil celebró sus treinta con Mercedes Biedma en el departamento de Santoyo, desbordado y rejuvenecido por la intemperie erótica de esos meses que abrieron las compuertas de la guerra de Galio.

4

Por alguna razón vinculada a la noche de su encuentro en Cuajimalpa, Pancho Corvo se había hecho una idea a la vez aparatosa y delicada del libro de historia que escribía Vigil.

Guiado por ella, introdujo un viernes a su amigo a las reuniones del Club Italiano —más tarde escenario memorable de sus libros— como el heredero de una extraña estirpe historiográfica.

—Ese género de historia —dijo Corvo a Galio Bermúdez, que se acodó con él en la barra— que no se detiene sólo en las fechas o los combates, sino también en las actitudes y las permanencias. El modo como el clima o la geografía, por ejemplo, favorecen cierto tipo de hábitos alimenticios, o cierta arquitectura, que luego son claves para explicar por qué un ejército resistió mejor cierta campaña o pudo triunfar en una batalla. La batalla de Celaya, por ejemplo. Ahí concurre todo, ¿no? Toda la historia de México está cristalizada ahí. Un historiador competente podría dar cuenta de la historia del país explicando a fondo la batalla de Celaya, que definió nuestra revolución de principios de siglo, ¿no?

De Galio Bermúdez, Vigil apenas tenía noticia. Se le había juzgado en los cincuenta la mayor inteligencia de México; eran fama pública su malignidad incesante y su proclividad a incurrir en la defensa de causas indefendibles —como la matanza de Tlatelolco— en nombre de criterios deleznable —como la hombría de bien o el principio de autoridad—. También eran conocidos su alcoholismo insolente, autodes Destructor, y el desánimo de sus amigos. Autor de un fallido volumen sobre las constantes de la mexicanidad, Galio Bermúdez ahora sólo publicaba artículos en un diario conservador de la ciudad de México, donde ponía su vasta erudición al servicio de las más visibles adulaciones políticas.

Con mortal evidencia, Galio debía parecer a esas alturas —en gran medida lo era— uno de tantos talentos triturados por la componenda, la corrupción y la falta de estímulo intelectual de la vida mexicana, la encarnación insuperable del camino intelectual visto por Salvador Novo en los años cuarenta: juventud deslumbrante, madurez negociada, vejez aborrecible. En tránsito de lo segundo a lo tercero, albeando los cincuenta, Galio Bermúdez estaba ese viernes en el Club Italiano, flaco y contorsionado sobre su jaibol, como envuelto en las curvas débiles de hombros y muñecas, mirando a

través de sus lentes de miope. Tenía el pelo entrecano y una sonrisa burlona sobre la línea básica de una dentadura de caballo.

En algún momento de los tragos anteriores a la comida, Vigil quedó a su lado. Galio Bermúdez no necesitó grandes preámbulos para abordarlo. Mostrando sus enormes dientes con residuos de cacahuete, le dijo a Vigil:

—¿Ha leído usted la pieza de Luciano de Samosata sobre cómo debe escribirse la historia?

—Naturalmente que no —dijo Vigil, en amigable confesión de parte.

—Pues ha empezado usted por evitarse un clásico —dijo Galio, irónico y cordial, alzando su jaibol para darle un sorbo. Agregó después, con estudiada autoridad—: Hay manuales básicos.

—Descreo de los manuales —dijo Vigil.

—Claro, claro —respondió Galio, muy rápido, sin perder la iniciativa—. Pero ese verbo “descreer”. Nada tan fácil en estos días como repetir a Borges, ¿no “descreer” usted? Borges es el inventor en nuestros días de ese verbo y nada tan fácil como repetirlo. Lo difícil debió ser usar ese verbo antes de que Borges existiera, ¿no le “desparece”?

—Por eso descreo de los manuales —repitió Vigil, secado por la súbita ofensiva de Galio.

—Busca usted nuevas rutas —dijo Galio, como cerrando una cortina—. ¿Va a pedir otra cosa de tomar? Yo diría que tomara un wisqui.

—Tomo cubas —dijo Vigil, reducido a ese espacio.

—Toma cubas —repitió Galio, volviendo a clavarlo con su actuada cordialidad para oligofrénicos—. Pues pida usted al mesero lo que tome, mi querido Herodoto. No hay mejor cosa en la vida que pedir a los meseros lo que uno toma.

Como quien pide una tregua, Vigil pidió una cuba, pero antes de que el mesero regresara, Galio volvió:

—¿Cuál cree usted, como historiador según dice Corvo, que es el texto fundamental de la historia de México?

—¿El texto? —dijo Vigil, creyendo subrayar con el énfasis la estupidez simplificadora de la pregunta.

—El texto *fundamental* —dijo Galio, sin reparar en el énfasis de Vigil y añadiendo el suyo—. Los historiadores suelen tener textos sagrados.

—*Sagrado*, cualquiera —dijo Vigil, sugiriendo otra vez la bastedad de la pregunta.

—Es obvio que cualquiera, querido —respondió Galio sin inmutarse—. ¿Pero cuál?

—El que usted quiera —dijo Vigil, con desdén polémico—. El artículo 27 constitucional, la confesión de arrepentimiento de Hidalgo, el editorial de ayer de *El comercio* —el periódico donde Galio trabajaba.

—Curiosa elección la de Hidalgo, el Padre de la Patria —dijo Galio con rapidez imperiosa, eligiendo él—. ¿Puedo saber sus razones?

Era un duelo idiota pero no con un idiota, de modo que, sin quererlo, Vigil se vio precisado a seguir y se oyó de pronto inventando las razones por las que el arrepentimiento de Hidalgo y su condena de la independencia que había encabezado eran *el texto fundamental* del pasado de México. Cifra, dijo, la “imposibilidad histórica” de las causas populares de México, el extraño destino de un pueblo que siempre había sabido rebelarse y había sido siempre incapaz de darse el liderato radical que necesitaba, un liderato a la altura de sus “pulsiones sociales profundas”, etcétera.

—Interesante —dijo Galio, cuando Vigil terminó—. Usted se imagina al pueblo de México como una especie de pueblo ruso que no encontró a su Lenin.

—No exactamente —dijo Vigil.

—Por supuesto que no exactamente —insistió Galio, echándose un puñado de cacahuates a la enorme boca—. Nada sucede o existe exactamente, querido Herodoto. Pero está usted equivocado en sus aproximaciones.

—Supongo que sí —dijo Vigil con altivez.

—Equivocado de fondo —insistió Galio, limpiándose con el dorso del saco los residuos de cacahuates de la comisura de los labios, por donde salivaba de más—: El texto fundamental de la historia de México son las memorias del general Antonio López de Santa Anna.

En su primera certidumbre del diálogo, Vigil respondió de inmediato: —Son apócrifas.

—Precisamente —dijo Galio, sin perder pie—. Escuche lo que voy a decirle, mi joven Michelet: la historia de México es el recuento falso, o arbitrariamente evocado al menos, de los caprichos de un poder displicente. Un poder gratuito y displicente, ¿me entiende usted? La encarnación mayor de ese poder es Antonio López de Santa Anna, un tiranuelo querido, odiado, controvertido, indisputado, que encandiló a los mexicanos y los hizo perder medio territorio nacional. A los caprichos y flatos de ese estilo le llamamos hoy “presidencialismo mexicano”. ¿Me comprende usted?

—La idea de un país de imbéciles gobernado por el Lazarrillo de Tormes —dijo Vigil, calcando el mecanismo retórico de Galio.

—No mi amigo, no simplifique —saltó Galio—. La idea de un país de poderosos, de un país construido para el poder, para el mando y sus caprichos. No olvide los tres siglos y medio de Colonia. ¿Quiere que lo discutamos en detalle? Siempre es buena época para desvirgar las propias esperanzas. O para acabar de emputecerlas, según. Pero no se irrite, ¿por qué no pide un wisqui?

—No tomo wisqui —contestó Vigil, reducido otra vez a ese rezongo.

—Lo que usted tome entonces, mi querido Herodoto. ¿Cubas, dijo?

—Cubas libres —dijo Vigil.

—Oprimidas cubas libres entonces —agregó Galio, con irritante suavidad triunfal.

5

No volvieron a verse sino meses después, en circunstancias del todo diferentes de las del Club Italiano, cuando ya Vigil estaba sumergido en la fascinación de Mercedes Biedma y en la redacción de su historia.

Como he dicho antes, a mediados de 1971 Vigil sacó su

ropa del departamento de Antonia Ruelas para mudarse al de su amigo Santoyo. El departamento de Santoyo era un lugar “atestado de periódicos viejos donde siempre olía a gas” (Vigil). Tenía dos cuartos y una estancia que los dividía, un afiche de la Virgen de Guadalupe pegado con tachuelas en el sitio más visible de la estancia y en el techo del baño una de las fotos de soltera de Oralia Ventura, desnuda. No había teléfono, el interfono de la entrada no servía, al lado había una vinatería clandestina que dispensaba licores hasta la madrugada. El edificio tenía tres cuerpos, tres pisos por cuerpo y dos departamentos por piso. La planta baja del cuerpo donde vivía Santoyo había sido colonizado metro a metro por un circuito homosexual dedicado a la organización de secretísimas fiestas privadas, citas amorosas, shows travestis y fantasías sobre pedido. Todo el fin de semana desfilaban pequeños contingentes a los dos departamentos de la planta baja, que habían conectado derrumbándole un muro, y se daban con frecuencia fiestas nocturnas que duraban veinte horas. La operación general del sitio estaba en manos de un homosexual cuarentón llamado Roberto, un calvo prematuro, diligente empresario del deseo. (“Roberto había renunciado al bisoñé que disfrazaba su oprobio, pero no a la tortura de mantenerse esbelto, dentro de un organismo naturalmente robusto que tendía a expandirse mucho más allá de los talles púberes que eran la exigencia juncal del ghetto”: Vigil.)

Era la última semana de julio. Vigil había concertado con Mercedes Biedma una de sus excursiones rumberas y accedido a que su romería privada sirviera como anzuelo para enganchar a Paloma Samperio, ayudante de investigación que perpetraba una historia de las sublevaciones de los indios yaquis y que había sublevado a su vez el ánimo amoroso de Santoyo, a quien no conocía. Los padres de Mercedes estaban de viaje y ella y Vigil se habían prometido esa noche juntos, libres por una vez de la curiosa obligación de Mercedes de ir a dormir a su casa, a la que regresaba sin falta, todos los días, sin importar cuán tarde en la madrugada ni con cuántas copas encima. Mercedes combinaba en un solo coctel atrabiliario la más desbordante libertad de costum-

bres y una compulsiva atención a sus deberes externos de hija de familia. Inventaba laboriosas coartadas para justificar sus tardanzas nocturnas, cumplía una agenda minuciosa de comidas y compromisos familiares los fines de semana y abusaba de la complicidad de sus amigas para obtener permisos de viaje o pernocta fuera de casa, todo lo cual era a menudo negado por el ánimo dispéptico o la fundada sospecha sobre su honra de “un padre ibérico, a la vez rotundo y remoto” (Vigil).

Era un sábado, había aparecido el penúltimo tomo de la monumental *Historia Moderna de México*, de Daniel Cosío Villegas, y Vigil redactaba una enjundiosa reseña que luego apareció en el suplemento de *La República*, el diario más importante del país. Había trabajado en esa reseña desde la mañana mientras Santoyo leía los periódicos, especialmente la nota roja y las revistas *Por qué* y *Alarma*, donde empezaban a ser confinadas las actividades guerrilleras que sacudieron a las ciudades del país a lo largo de los años setenta y que habían reclutado a Santiago, el hermano de Santoyo.

A eso de las tres de la tarde habían salido a comer juntos, como casi siempre durante esos meses “exiguos y totales” (Vigil), al mercado de Mixcoac, sopa de cola de res y memelas con costillas. De regreso Santoyo compró una botella de ron en la vinatería vecina y sirvió la primera cuba como a las cuatro de la tarde, hora en que se puso a leer *Moby Dick*. Vigil volvió a escribir su reseña, sin más interrupciones que las de Santoyo cada quince minutos:

—¿Seguro que vendrán?

—A las seis llega Mercedes.

—Ya son las seis y media.

—Para que den las seis y media, falta que terminen de dar las seis y cuarto.

Terminaron de dar las seis y cuarto y dieron las siete y las siete y cuarto y Mercedes no había llegado. Santoyo estaba en la tercera cuba y Vigil en la sexta cuartilla, roído ya por la sensación de que iniciaba un desencuentro con Mercedes, justamente en el umbral de la noche que se tenían prometida.

—La Paloma está citada a las nueve —dijo Vigil con irritación, ante una nueva duda de Santoyo—. Faltan dos horas.

—Pero ya no vino la Biedma que iba a venir a las seis —punzó Santoyo—. Háblale mejor a la Paloma que no va a haber nada.

—La Biedma llega aunque sea a las ocho —dijo Vigil—. Con que llegue a las nueve, ya la hicimos.

Pero a las nueve Mercedes tampoco había llegado, la botella estaba a la mitad, Santoyo en la sexta cuba y Vigil en la octava quartilla, empezando a admitir la ruina de la noche. Sin aceptarlo todavía, bajó a telefonar a Paloma para explicarle que se había frustrado el plan.

—¿Y por qué no vienen ustedes por mí y nos vamos al bar sin Mercedes? —dijo Paloma con ánimo militante.

—Porque Mercedes va a llegar aquí —dijo Vigil.

—Pero si quedó de llegar a las seis —golpeó Paloma.

—Tenía que pasar de visita a casa de sus tíos —mintió Vigil—. Y ahí le dejé el recado de que la esperaba a las seis. Seguro no ha ido.

—Pues llámale a casa de sus tíos y dile que nos alcance en el bar.

—Si le dejo ese recado en casa de sus tíos la encierran hoy por la noche en un convento —dijo Vigil.

—Pues entonces quédense en el convento ustedes y la Biedma —dijo Paloma—. Yo me voy al Bar del León y a ver qué sale.

Vigil compró cigarrillos y coca-colas en la vinatería y subió a explicarle a Santoyo lo sucedido.

—Tiene razón la Paloma —dijo oportunistamente Santoyo, mientras servía las nuevas cubas—. Vámonos con ella al bar, la Biedma ya no vino.

—Pues aquí está el teléfono de la Paloma —dijo Vigil, desairado—. Llámale y váyanse al bar ustedes.

—¿Pero cómo voy a llegar yo a decirle a la Paloma que nos vayamos al bar? Si nunca he hablado con ella —objetó Santoyo.

—Pues marcas su número y se lo dices —avanzó Vigil, desahogando ahí, sin costo, la ausencia de Mercedes que lo ahogaba.

—Mejor así lo dejamos —dijo Santoyo.

Apretó su cuba y se metió al cuarto a ver la televisión. Al rato salió otra vez a reponer su brebaje, sólo para hacer evidente que en el mismo lapso Vigil se había tomado dos y estaba otra vez en la quinta cuartilla de su reseña porque había roto las últimas tres. Había aceptado también la realidad de su desdicha. Entonces de pronto se oyó abajo la voz gutural de Roberto, anunciando:

—Departameénto de prehistoriaá: visiíta conyugáal.

Roberto llamaba “prehistóricos” a Vigil y a Santoyo como sinónimo de “heterosexuales”. Vigil bajó como una exhalación por los dos pisos de escalera rumbo a la calle, llevado por el ron dulce, la rabia invencible y el deseo mortal de que fuera Mercedes.

—Nada más le falta el farol a la dama, vecino —jugó Roberto al verlo pasar.

En efecto, ahí estaba la dama, Mercedes, “de pie junto a un taxi en mitad de la calle, apoyándose en el coche con la pierna flexionada como si posara esperando un cliente” (Vigil). Venía disfrazada de Andrea Palma en *La mujer del puerto*, con una larga boquilla en los dedos, un traje liso negro que caía hasta el suelo adelgazando y alargando su cuerpo, un yugo rojo en el cuello, redibujadas las cejas, oscurecidas las pestañas, pintados los labios del mismo rojo intenso que el yugo.

—¿Ya ves como sí vine, cabrón? —dijo, medio ebria, como si ganara una apuesta.

Su voz pastosa de borracha convocó al instante los celos de Vigil, pero Mercedes caminó hacia él con los brazos abiertos y los cerró sobre su cuello.

—Tuya, soy tuya —dijo, sin darle espacio a la protesta.

Y lo fue sin resistencia, por esos segundos.

6

Subieron en busca de Santoyo y de otra cuba. Salieron después del departamento bailando los tres, tropezando con las paredes que los escoltaban por las calles abiertas, llevados

por una euforia redonda, sin fisuras. Tomaron un taxi rumbo al Bar del León, un cabaret metido en los bajos de un hotel de mala muerte sobre las calles de Brasil, varios kilómetros al norte de Mixcoac donde vivían. Ahí, a espaldas de Catedral, la moda universitaria había erigido un templo laico para desahogar su “turismo social revolucionario” (Vigil). Oleadas de intelectuales, estudiantes y sindicalistas de la educación superior habían expropiado ese lugar, al que sólo acudían hasta entonces boxeadores disléxicos, burócratas alcoholizados, meretrices deprimidas, pero donde tocaba el mejor conjunto de música tropical de la ciudad bajo el mote, luego célebre, de *Pepe Arévalo y sus Mulatos*.

Pasadas las once de la noche era ya imposible entrar, salvo mediante soborno al portero, y manaba del sitio una animación sudorosa: humo, ruido, erguidos saxotrombones, público que cantaba y gritaba mientras la China, vocalista del conjunto, emprendía los versos de Siguaraya o la canción que Vigil había apartado para su variable cursilería amorosa, en elogio de la Biedma:

*Me gusta todo lo tuyo,
todo me gusta de ti.*

Sobornaron al portero, se instalaron en el fondo y descubrieron a Paloma Samperio sentada ya en la mejor mesa del sitio, la del frente, que invadía la pequeña pista donde los mulatos de Arévalo rascaban güiros y aporreaban tarolas. Sin entusiasmo pero sin molestia, la Paloma se acunaba en las galanterías de un reportero conocido, encargado entonces de la página de cultura y espectáculos de *La República*. Era imposible no verla porque en la oscuridad atestada del bar las mesas del frente eran las únicas que recibían de lleno la luz del show sobre la tarima, así que la Paloma se reía y palmeaba y se paraba a bailar solos de rumba —lo que estaba prohibido en el lugar, sólo cantar y beber era la norma— para dejarse caer después en manos del reportero de *La República*, que la rodeaba por la cintura y la besaba en el cuello.

Pidieron sus inevitables cubas. La China empezó a cantar

*Sobre todas las cosas del mundo,
no hay nada primero que tú.*

y la Biedma a fumar con su larga boquilla y su distante perfección de estatua viva. Callado y sombrío, Santoyo fumaba también, mirando a Paloma con una especie de necedad alcohólica que no carecía de nobleza escenográfica. Acabó el show de Arévalo, vino luego otro conjunto en el tocaban Pablo Peregrino y su hermano, y luego el intermedio para los tríos. Cuando Paloma se paró al baño Vigil fue tras ella. Apenas se podía caminar entre la multitud apretada del recinto, pero la alcanzó atrás del biombo que separaba la barra y la cocina de las mesas. Estaba pintándose los labios ahí porque el baño tenía una cola del tamaño del bar mismo.

—Qué bueno que vinieron —le dijo Paloma, con su fancia habitual—. Este remolino está de atarantar.

Paloma Samperio era una mujer delgada, alta y como eléctrica en su humor siempre disponible y desbordado. Tenía el pelo lacio, caído sobre los hombros, igual que la Mona Lisa, pero toda su traza, su rostro, su frente, su nariz, su cuello, “eran como un esbozo juvenil de Modigliani” (Vigil).

—Te traje a Santoyo —dijo Vigil—. Si te acuerdas, la cita era con él.

—¿Cuál es Santoyo? —preguntó Paloma, empezando a reírse—. ¿El de las gafas con nublado polaroid?

Santoyo traía, en efecto, sus conspirativas gafas cafés de siempre.

—El de las gafas polaroid —asintió Vigil.

—Ya lo estuve viendo, mi amor —dijo la Paloma, apretando los labios varias veces para esparcir sobre ellos el bilé que había aplicado—. La pura dieta triguera del norte, ¿no? —agregó, aludiendo a la estatura de Santoyo, que medía cerca del uno noventa—. Con lo que me gusta el basquetbol.

—Pues ya —dijo Vigil. Y señalando al reportero que la esperaba en la mesa—: No te vayas a quedar con ese idiota.

—Ese idiota, mi amor, como tú le dices, tiene control total sobre el personal de este antro —contestó Paloma—. Si ese idiota dice: “Un ron para la señorita” (la señorita soy yo